

# DESMITIFICANDO EL MADRID DE LAS ZARZUELAS

NURIA BLANCO ÁLVAREZ  
Centro Superior *Musical Arts Madrid*

## Resumen:

Madrid ha sido siempre considerado el centro neurálgico de la zarzuela, tanto por ser la ciudad que la vio nacer como por albergar los estrenos de multitud de obras del género. Además, ha servido de ambientación a muchas de ellas, especialmente de los sainetes líricos de las últimas décadas del siglo XIX. Personajes populares como los chulos y chulapas, y toda su idiosincrasia, se convirtieron en protagonistas de no pocas zarzuelas, pero no de todas. Existe un repertorio, hoy día olvidado, en el que el chotis y el mantón de Manila dejan paso a obras que abogan por un mundo moderno, con experimentos, inventos y avances del mundo científico y tecnológico que se incorporan en las tramas, aun teniendo a Madrid como telón de fondo. Incluso antes de que el Género chico eclosionara se podían ver en la escena madrileña zarzuelas bufas de gran espectáculo con llamativos decorados y multitud de personajes, casi siempre madrileños, que vivían apasionantes aventuras basadas en historias fantásticas, exóticas e incluso de ciencia ficción, con novelas de Julio Verne como referencia en muchos de los casos. A lo largo de su carrera, el compositor Manuel Fernández Caballero se fue adaptando a las modas del momento, trabajando en todos estos tipos de zarzuelas. Suyas son la mítica *Los sobrinos del capitán Grant* y *El siglo que viene*, pero también otras en las que aparecen viajes en el tiempo, doctores que pueden resucitar a los muertos o sorprendentes adelantos eléctricos.

## Palabras clave:

Madrid, zarzuela, Manuel Fernández Caballero, aventuras exóticas, ciencia ficción, avances científicos y técnicos, siglo XIX.

## 1.- El Madrid de la zarzuela

Como es bien sabido, Madrid es la cuna de la zarzuela, no solo por ser la ciudad que vio nacer al género y el lugar donde se produjeron la práctica totalidad de los estrenos, sino por estar presente de una u otra forma en buena parte de ellas, recreando su ambiente, costumbres, lenguaje y tipos populares que inundaban la escena especialmente de los sainetes líricos de las dos últimas décadas del siglo XIX. Sin embargo, existe todo un repertorio, hoy día olvidado, en el que el chotis y el mantón de Manila dejan paso a obras que abogan por un mundo moderno, con experimentos, inventos y avances del mundo científico y tecnológico que se incorporan en las tramas, aun teniendo a Madrid como telón de fondo.

También Madrid acogió a multitud de artistas y músicos en ciernes que se establecían en la capital española para abrirse paso en el mundo del espectáculo o para estudiar en su Conservatorio de música, el primero creado en España, en 1831 por orden de la reina M<sup>a</sup> Cristina. Ese fue el caso del prolífico compositor de zarzuelas Manuel Fernández Caballero que, con 15 años, se traslada desde su Murcia natal para continuar con sus estudios musicales en la entidad madrileña, llegando a convertir en una de las figuras más relevantes del teatro lírico español de la segunda mitad del siglo XIX. Durante su vida gozó del reconocimiento de público y crítica, especialmente por zarzuelas como *Los sobrinos del capitán Grant*, *Chateau Margaux* y sus célebres *El dúo de La africana* y *Gigantes y cabezudos*, todas ellas aún vigentes en los teatros. A lo

largo de su carrera, se fue adaptando a las modas del momento creando zarzuela grande, obras de género bufo, ínfimo y chico en todas sus variantes, incluyendo un buen puñado de obras de las especiales características que vamos a comentar a lo largo de este estudio.



Imagen 1. El compositor Manuel Fernández Caballero (Murcia, 1835-Madrid, 1906).

## **2.- La zarzuela y los viajes en el tiempo**

Fue hasta cierto punto recurrente en las zarzuelas el tema del viaje en el tiempo, ya utilizado en cierta manera en las revistas del año en las que precisamente se pasa revista a los acontecimientos más relevantes transcurridos en los últimos doce meses. Este hecho, unido a la fascinación que este tipo de obras mostraba por las máquinas y los avances técnicos, hacen que sea común que en ellas aparezcan adelantos como el telégrafo, el teléfono o el ferrocarril, un medio usado para hacer ese recorrido temporal por Salvador M<sup>a</sup> Granés en el libreto de la revista *El año del diablo*, con música de Manuel Fernández Caballero en colaboración con Manuel Nieto, estrenada en el teatro de la Zarzuela en 1875, donde aparece una locomotora en la que el diablo y el personaje alegórico del año 1874 pasean por Madrid en distintos momentos de ese año cual *Cuento de Navidad* de Dickens, repasando los acontecimientos más relevantes que tuvieron lugar entonces, añadiendo al interés tecnológico del medio de transporte, la fantasía del viaje en el tiempo.



Imagen 2. Portada de la partitura de la zarzuela *El siglo que viene* (1876).

Esta idea del viaje en el tiempo, rozando ya la ciencia ficción, se evidencia en otro tipo de zarzuelas de gran espectáculo como *El siglo que viene*, obra en tres actos de Miguel Ramos Carrión y Carlos Coello con música de Manuel Fernández Caballero estrenada en 1876 en el teatro Príncipe Alfonso. La escenografía contaba con llamativos adelantos técnicos que destacaban en *La Ópera Española*: “el doble juego de luces, formado por el resplandor de la luna y la iluminación de los edificios, es nuevo y de sorprendente efecto” (3). Y en la propia trama -señalan en la misma revista-, ocurren hechos aparentemente inexplicables como en la escena del Bazar de la Unión “en que todos los juguetes de niños adquieren vida como por arte mágico” (3).

En esta zarzuela, ambientada en Madrid, aparecen dos matrimonios que leen en el periódico *La Correspondencia* que el Doctor Farándula está buscando voluntarios para un maravilloso experimento pues, tal y como reza el anuncio que aparece en el libreto: “ha descubierto la manera de conservar las personas en un sopor especial, garantizándolas que volverán a la vida dentro de cien años” (15). Para ello, tendrán que oler un álcali descubierto por él y durante un siglo estarán guardados en unos armarios como “conservas humanas” y sus bisnietos se encargarán de ellos en 1976. Álvaro Ceballos concede a este hecho una gran importancia, pues afirma que el empleo de latas de conserva en el experimento excede sus aplicaciones posibles y que “es este elemento de tecnología especulativa el que permite adscribir *El siglo que viene* a la ciencia ficción” (135). Tras algunos chistes, como el de pedirle al doctor que les eche alcanfor para que no se apolillen, se producen varias escenas en el futuro, y no como las mencionadas revistas del año que viajan hacia el pasado reciente. Resulta muy curioso observar cómo se imaginaban los libretistas el futuro siglo y sus avances tecnológicos y científicos, inventándose unas cuantas máquinas, algunas de las cuales se hicieron realidad; se trata por tanto de una literatura de anticipación: hay un sol eléctrico que ilumina por las noches; una máquina que corta el pelo, que riza y afeita por poco dinero; además, para oír música ya “no necesita la gente venir al concierto, la oye desde

su casa y le sale más barato” (43); la gente viaja en globo, porque las distancias son enormes; se habla de “la *foto-electro-galva-zing-grafia* [que] hará que muera la pintura al óleo” (21). Respecto a las pinturas, explican Miguel Ramos Carrión y Carlos Coello en el libreto, que los cuadros para las exposiciones consisten en unos pocos borriones porque “el pintor hace el cuadro y el que lo ve se lo imagina a su gusto” (38), haciendo referencia al impresionismo, pues dos años antes del estreno Monet expuso en París su cuadro *Impresión, sol nascente*. Aseguran que la gente decente no toma cafés ni refrescos, sino cervezas y también se describe cómo será la moda futura asegurando que las mujeres visten con aspecto varonil y “la moda para el pelo es teñírselo de azul” (35).

En el último cuadro, aparece la decoración de la Puerta del Sol convertida en puerto de mar, con barquitos de vapor y un tranvía marítimo, una situación similar a la de la obra temprana de Verne *Paris au XX<sup>e</sup> siècle* de 1863, en la que la acción se sitúa también en el siglo futuro, concretamente en 1960, donde impera la economía y el mundo industrial, contrastando con los intereses del protagonista, el joven poeta Michel Dufrenoy, un apasionado de la literatura clásica, que en su recorrido por París ve con pesimismo esa sociedad del futuro y sus avances técnicos, se trata por tanto de una distopía. En esta novela también se convertía a la capital francesa en una ciudad costera gracias a una serie de canales que lo abrían al mar. Un proyecto similar ya se había ideado en España en tiempos de Felipe II, tal y como relata Álvaro Ceballos, con la primera propuesta de comunicación fluvial a través del Jarama entre Madrid y Lisboa, tema recurrente en diferentes periodos que también se plasmó en otras zarzuelas como *Madrid puerto de mar*, pieza bufa en un acto de Eduardo Navarro Gonzalvo con música de Ángel Rubio, estrenada en el teatro Recoletos en 1892 y calificada por sus autores en la portada del libreto como “chifladura cómico-lírica”. En la obra se prepara un gran acontecimiento: el mar va a llegar a Madrid, pues va a unirse con el Mediterráneo mediante una boda con el río Manzanares. Los personajes alegóricos inundan esta pieza: la diosa Cibeles como fuente madrileña, la Villa de Madrid, el Manzanares, la mar y todo tipo de peces que, en realidad, representan a diferentes políticos y militares del momento. La decoración del último cuadro es precisamente una vista del puerto que es descrito así en el libreto: “En el fondo la Puerta de Alcalá. A la derecha el palacio de Murga. A la izquierda la verja de los Jardines del Retito. Un puente colgante atraviesa la escena en toda su extensión. Varias embarcaciones cruzan por debajo del puente. Figura que la bahía ocupa todo el escenario” (46).

El libreto de *El siglo que viene* bebió de varias fuentes, pues también se basó en el libro *Le monde tel qu'il será* de Émile Souvestre, publicado por fascículos en París en 1845 con una reedición del libro en 1871. En la obra, la joven pareja formada por Mauricio y Marta desean visitar el tiempo futuro para lo que van a contar con la ayuda de Monsieur John Progrès que, montado en una locomotora inglesa, se ofrece para enseñarles el futuro, haciéndoles caer en un sueño cataléptico, del que sólo se despiertan en el año 3000, donde verán todos los avances tecnológicos que se han producido pero que no hacen más felices a los hombres, siendo precursora del género distópico del que hemos hablado.

Otra zarzuela que también se basó en la misma obra de Souvestre, en este caso con música de Manuel Nieto y Ángel Rubio y libreto de Guillermo Perrín y Miguel Palacios, se estrenó en el teatro de Variedades más de una década después, en 1887. Se trata de *Madrid en el año 2000*, una zarzuela ambientada en la capital española y en los albores del siglo XXI a la que sus autores subtitularon en el libreto “panorama-lírico-fantástico-inverosímil de gran espectáculo”. Consta de dos actos y diez cuadros, entre los que llaman la atención los tres primeros al referirse a innovaciones tecnológicas y al próximo siglo, titulados respectivamente: “Servicio telefónico”, “El telescopio” y “El

siglo XX”. El caso es que ese día esperan en Madrid la visita del primer “tren Rayo-Chispa” en el que viene a la Tierra una comisión de lunáticos -compuesta por personajes alegóricos, propios de las revistas, como la luna creciente, luna menguante y un cometa-, a los que muestran los adelantos de la nueva era en la que personajes como Ilustración y Eléctrica lanzan vítores al progreso y a la ciencia. En su recorrido ven una corrida de toros nocturna -porque se dispone de luz eléctrica- donde el astado lleva imantado el morro y la cabeza para que se quede adherido el rejón cuando se acerque el picador que, por cierto, va montado en un velocípedo y no en un caballo. Para hincar las banderillas se pone antes cloroformo a la fiera y, en lugar del estoque, el matador utiliza un torpedo para la faena final. También aparecen tintes sicalípticos con los relojes ambulantes que inundan Madrid y que no son otra cosa que señoritas de buen ver que van dando la hora a quien lo requiera; también aparecen en ese siglo las agencias matrimoniales, “porque casarse es negocio” (44), donde las mujeres pagan la inscripción para que los hombres las elijan en una especie de muestrario y las telefonistas se describen como un grupo de muchachas muy pícaras que hablan con doble sentido en el número musical con el que se inicia la zarzuela. No falta la crítica política al indicar que los cargos públicos se sortean en una lotería cuyo boleto para participar sólo se puede adquirir si se tienen influencias. Se mencionan a los obreros de las fábricas como signo de progreso recordando la revolución industrial y descubrimientos científicos como la fosforescencia del agua “que hace la luz más brillante, más bonita y más barata” (52), dicen en el libreto. También aparece el Doctor Fósiles, un “arqueólogo sapientísimo” que está a cargo del Museo Arqueológico donde se guardan los tesoros del siglo XIX, como el “Salón de Maniqués” donde gracias a un procedimiento foto-lito-inquebrantable-electro-galvano-plástico inventado por él, pueden verse a los toreros y políticos de aquella época, no así a los hombres de letras, ciencias y artes que no ha conservado dice porque nadie les hacía caso. Otro científico que participa en la obra es El Sabio H, un frenólogo que asegura que vaticina el futuro de la gente tocándoles la cabeza.

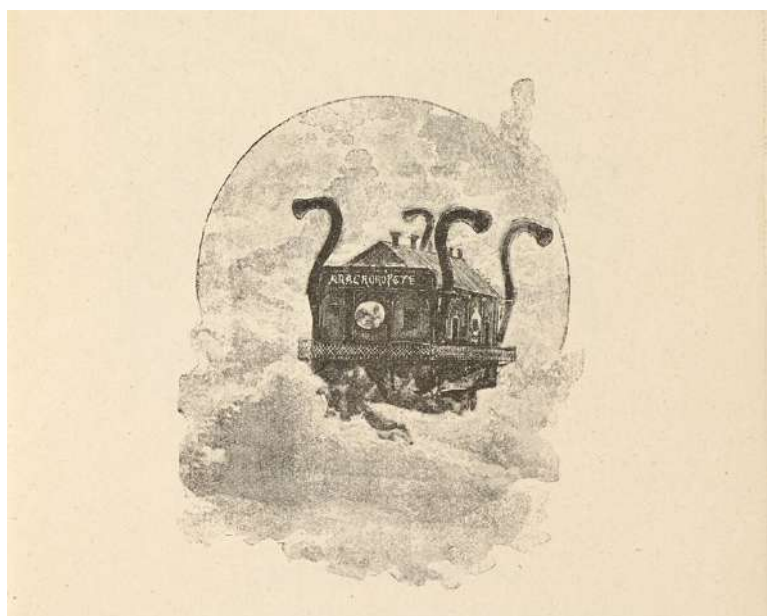


Imagen 3. *El anacronópete* (1887)

Hasta ahora hemos visto cómo el viaje en el tiempo se producía en ese mundo imaginario casi por arte de magia, gracias a la excusa de una ensoñación del protagonista, encantamiento, hibernación o a algún elixir, pero la primera vez que se usa

en la literatura una máquina del tiempo, es decir, un ingenio diseñado por el hombre para este fin en concreto, fue en *El anacronópete*, novela del español Enrique Gaspar y Rimbau de 1887, publicada ocho años antes que *The Time Machine* de Wells, considerada convencionalmente la primera de este tipo hasta los estudios al respecto de Maximiliano Brina. Eso sí, en la obra española se viaja al pasado y no al futuro; parece que la ciencia empieza a desplazar a la fantasía, sin embargo, la justificación final de la historia de Gaspar se resuelve dando un paso atrás, y es que el protagonista se había quedado dormido durante la representación de una obra de Julio Verne y todo había sido un sueño. La obra de Gaspar y Rimbau fue concebida originalmente como zarzuela de gran espectáculo en 1884 aunque nunca llegó a ponerse en escena. El protagonista es Don Sindulfo García, doctor en ciencias exactas, físicas y naturales, que va a presentar, en la Exposición Universal de París su revolucionario invento que le permite ir a diferentes lugares y momentos del pasado en un viaje, por tanto, no solo temporal sino también espacial donde puede ver la Batalla de Tetuán, la Conquista de Granada, la erupción del Vesubio o el Diluvio Universal.

### 3.- La zarzuela y los avances científicos

El personaje tipo de un Doctor científico como en *El siglo que viene* lo era del Doctor Farándula y en *Madrid en el año 2000* el Doctor Fósiles, será muy habitual en las zarzuelas que abogan por los avances científicos y técnicos, con ideas tan descabelladas como el poder de revivir a los muertos. La idea, en realidad, no era nueva, pero sí el planteamiento de cómo realizarlo. Hasta esta época, la resucitación se producía gracias a hechos sobrenaturales -pensemos por ejemplo en el mito de Orfeo y Eurídice-, sin embargo, ya desde el siglo XVIII se realizan experimentos con cierta base científica para intentar volver a los muertos a la vida. Los estudios de Luigi Galvani (1737-1798) con la electricidad demostraron que una descarga en una rana muerta producía contracciones musculares en sus patas; lo mismo que los experimentos de Erasmus Darwin (1731-1802) con el galvanismo que inspiraron a Mary Shelley para la creación de su famosa novela *Frankenstein* (1818).

Este asunto se trata en la zarzuela en un acto de Caballero y Valverde hijo, *La magia negra*, con libreto de Eugenio y Mauricio Gullón, estrenada en el teatro de la Zarzuela en 1898, una revista de actualidad ambientada en Madrid, no un siglo después, como en la mencionada *El siglo que viene*, sino un milenio más tarde, es decir, en 2898, donde el Doctor Ciento ha inventado un fluido magnético-eléctrico-oxigenado que, al untarlo a una momia, la vuelve a la vida. Así resucita a “El Chepa” con quien recorre el Madrid del siglo XXIX, hecho una ruina por culpa de la holgazanería y los políticos -en una evidente crítica a la situación de España- y después el científico resucita al propio Madrid que vuelve a surgir en el siglo XIX y muestra su ambiente vital con una infinidad de personajes tipo, no como las brujas que se vieron en el cuadro inicial.

También tenemos el caso de *Muerte, juicio, infierno y gloria*, un “viaje eléctrico-ilusorio” en un acto según sus libretistas Luis de Larra y Mauricio Gullón, con música de Manuel Fernández Caballero, estrenado en el teatro Príncipe Alfonso en 1889 que *El Liberal* tilda de “cómico fúnebre” (3); y es que el Doctor Nadie revive a los muertos a su antojo pues ha inventado el medio de matar “provisionalmente”. Él mismo se presenta nada más empezar la zarzuela, diciendo: “¡Vivan mis experimentos físicos, psíquicos, químicos, mecánicos y eléctricos! ¡Soy el más sabio de Europa, y soy de España el progreso, y seré asombro del mundo si hago público mi invento! (...) resucitaré a los muertos, y pondré patas arriba, la moral del Universo” (5). Explican en *El Imparcial* que

los personajes (...) llegan a la aduana del infierno, desde donde son expedidos unos al limbo, al purgatorio otros y al infierno los que para ello han hecho méritos. (...) hay un paseíto al limbo y (...) una excursión al infierno con maniobras de diablesas revestidas de armadura, y la inevitable apoteosis final. (3)

Como estamos viendo, en estas zarzuelas se presenta la electricidad como un avance que daba pie a un mundo de progreso y es evidente que su uso en la vida cotidiana fue todo un adelanto, que también llegó al mundo del espectáculo. De hecho, se promovió un Reglamento Especial para la instalación del alumbrado eléctrico en los teatros de Madrid con una Real Orden de 30 de marzo de 1888 en la que se exigía su puesta en práctica en todos los coliseos de la capital en el plazo de seis meses, quedando totalmente prohibido el alumbrado por gas, que provocaba no pocos incendios. El caso es que en la década de los 80 y 90 del siglo XIX, la electricidad era un tema de moda en no pocas zarzuelas, tal es el caso de *Dar la castaña*, zarzuela en un acto con música de Manuel Fernández Caballero y libreto de Calixto Navarro, estrenada en el teatro Recoletos en 1882, justo un año después de la creación en Barcelona de la “Sociedad Española de Electricidad” que, incluso, se menciona en el libreto. Cuenta la historia de un padre con dos hijas casaderas a las que busca novio con particularidades eléctricas. Tal y como relata el libreto, uno de los postulantes asegura que es “un químico, matemático, físico y herborista, nigromante, espiritista y pollo chic, muy simpático” (15), es decir, no solo habla de su formación científica, sino también de su capacidad de animar cadáveres, como buen nigromante. Menciona además el magnetismo como su característica especial, argumentando que es discípulo de Cubí, haciendo referencia a Mariano Cubí Soler (1801-1875) quien, además de trabajar sobre el magnetismo animal y el hipnotismo, era frenólogo, es decir, estudiaba la personalidad de los hombres y su posible instinto criminal por la forma de su cráneo. Hay que recordar que el personaje de El Sabio H de la zarzuela *Madrid en el año 2000* que hemos comentado, era también un frenólogo.

#### **4.- Las zarzuelas bufas de gran espectáculo**

Las zarzuelas mencionadas hasta el momento muestran un Madrid moderno, interesado por los avances científicos y tecnológicos, que contrastan con otras tipologías de obras de Género chico de corte más tradicional con las que coexistían, como los juguetes líricos, sainetes líricos, parodias, zarzuelas costumbristas, revistas, ... Pero incluso antes de que el Género chico eclosionara se podían ver en la escena madrileña zarzuelas bufas de gran espectáculo con llamativos decorados y multitud de personajes, muchos de ellos madrileños, que vivían apasionantes aventuras basadas en historias fantásticas y exóticas, con novelas de Julio Verne como referencia en muchos de los casos, de nuevo alejadas de las tradicionales historias que transcurren en Madrid. Así tenemos el caso de la mítica obra de Manuel Fernández Caballero con libreto de Miguel Ramos Carrión, *Los sobrinos del capitán Grant*, una zarzuela en cuatro actos, basada en la novela casi homónima de Julio Verne, en la línea de *Robinson Crusoe* (1870) de Francisco Asenjo Barbieri y libreto de Rafael García Santisteban en una adaptación de la célebre obra de Daniel Defoe y *La vuelta al mundo* (1875) del mismo Barbieri y José Rogel con libreto de Luis Mariano de Larra en un arreglo de la conocida novela de Verne, siendo no obstante la zarzuela de Caballero la que ha trascendido hasta nuestros días.



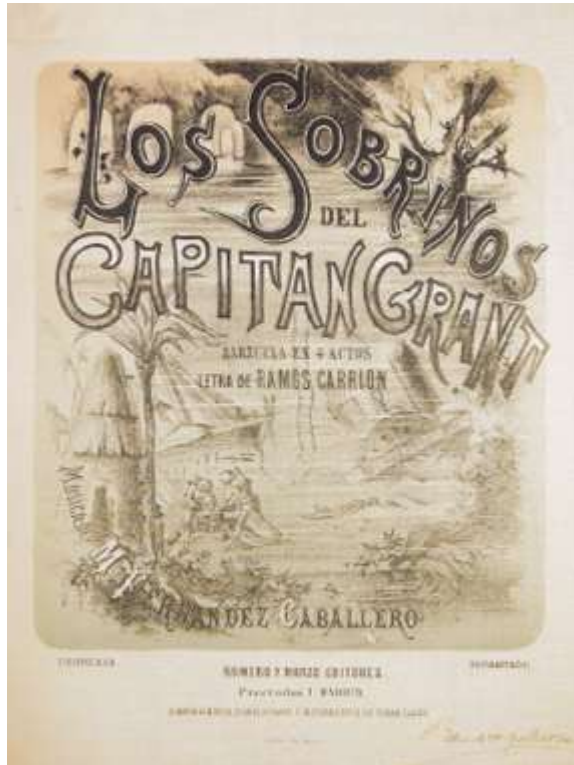


Imagen 4. Portada de la partitura de la zarzuela *Los sobrinos del capitán Grant* (1877).

En ella el subteniente Mochila y un puñado de personajes más, van a recorrer el mundo en un bergantín para rescatar al capitán Grant, que ha naufragado en un lugar remoto, y así recibir un gran tesoro como recompensa, sucediéndoles en su periplo incontables aventuras, algunas de ellas de lo más disparatadas e increíbles: sufren una tormenta con una gran inundación, un terremoto, la erupción de un volcán, tienen que ascender por los Andes, un cóndor atrapa a uno de los expedicionarios, deben enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, a unos maoríes antropófagos, ..., e incluso al descarrilamiento de un tren, además de una batalla submarina en la que un pulpo gigante ayuda al protagonista a luchar contra un malvado forajido, una escena surrealista muy propia del género bufo, y uno de los momentos más bellos que jamás se han producido en el mundo de la zarzuela, gracias a una producción del teatro de la Zarzuela por Paco Mir en 2001, acompañada de una idílica música descriptiva de Caballero.

En el transcurso de la zarzuela los protagonistas van a recorrer casi el mundo entero: Chile, Argentina, Australia, Nueva Zelanda, ..., una excusa genial para hacernos oír una música tan variada como las propias historias que se suceden: desde una zamacueca típica de los Andes, a una habanera o un coro de caníbales, pero también una mazurka, un vals, un pasodoble y unas seguidillas, en una amplísima partitura que cuenta con veintidós números musicales.

Y todo ese exotismo va a contrastar con la escena inicial de la zarzuela que transcurre en una típica corrala madrileña donde vive muy humildemente el que será el protagonista de la aventura, que en esta ocasión se trata de un antihéroe, un mísero subteniente retirado que, al borde del desahucio, decide gastar lo poco que le queda en un besugo para la cena de Navidad, en cuyo interior encuentra la nota de auxilio del capitán Grant con el ofrecimiento de un tesoro para quien lo rescate. Las vecinas, que lo toman por loco, van a emplear para hablar vulgarismos y giros típicos madrileños; no obstante, una de ellas, Soledad, y su novio van a unirse a la aventura, al igual que otro



de los residentes, el Doctor Mirabel, un naturalista despistado que se unirá a la aventura en el que de nuevo vemos el personaje tipo del sabio que hemos estado mencionando en las zarzuelas anteriores. Serán el punto castizo frente a los otros dos expedicionarios escoceses que se incorporan al viaje, cuyo elegante comportamiento y lenguaje nada tiene que ver con los desenvueltos madrileños.

Otra zarzuela de gran espectáculo de Manuel Fernández Caballero en la que se recurre a mundos exóticos y aventuras en barco, y que guarda un paralelismo con *Los sobrinos del capitán Grant* es *Las mil y una noches*, en esta ocasión con música en colaboración con Ángel Rubio y libreto de Mariano Pina Domínguez, estrenada en el teatro Príncipe Alfonso en 1882. Teniendo como punto de partida los cuentos orientales originales, se intercala en el libreto la novela de moda de Julio Verne *Un capitán de quince años* (1878) en lugar de la historia de *Simbad el marino*. En el periódico *La Época* (3) destacan la magnífica escenografía, que contaba con escenas submarinas y el uso de la luz eléctrica.

### **5.- Zarzuelas de ambientación exótica**

Precisamente la historia de Simbad inspiró otra zarzuela que, justamente, se titula así: *Simbad el marino*, de Apolinar Brull con libreto de Calixto Navarro, estrenada en el madrileño teatro Circo de Colón en 1896. Otras zarzuelas exóticas ambientadas muy lejos de Madrid son *El asombro de Damasco* con música de Pablo Luna y libreto de Antonio Paso y Joaquín Abati, estrenada en el teatro Apolo en 1916 y *La corte de faraón* con música de Vicente Lleó y libreto de Guillermo Perrín y Miguel de Palacios, estrenada en el teatro Eslava en 1910 y ambientada en el Egipto faraónico.

También en oriente se desarrolla la zarzuela de Manuel Fernández Caballero y Manuel Nieto, *El gran Tamorlán de Persia*, con libreto de Javier Santero y José Caviedes, estrenada apenas dos meses después de *Las mil y una noches* y en el mismo teatro. Lo mismo que *El primer día feliz*, ambientada en este caso en la India en sus dos últimos actos, una zarzuela de Caballero con libreto de Darío Céspedes, estrenada en el teatro de la Zarzuela en 1872.

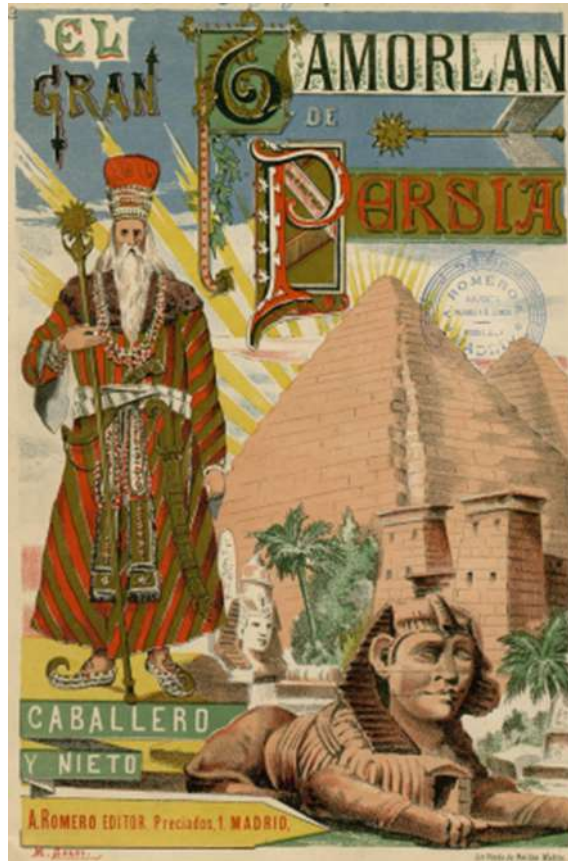


Imagen 5. Portada de la partitura de la zarzuela *El gran Tamorlán de Persia* (1882).

Tampoco hay que olvidar *Cuba libre*, una zarzuela en dos actos de Caballero estrenada en 1887 en el teatro Apolo con fabuloso éxito, en buena parte gracias a la interpretación de los actores Ramón Rosell y Vicente García Valero, que llegaron a ser conocidos como “Los de los sendos machetes” por su divertidísima escena de insurrectos aterrorizados que en cada función la innovaban con geniales chistes y bromas que hacían las delicias del público; una zarzuela llena de exotismo ambientada en la isla que tan bien conocía Caballero por haber vivido allí durante siete años. Son innumerables las zarzuelas que compuso en las que no olvidó su periplo americano y que inundó de números musicales con ritmos caribeños y con personajes tanto cubanos, como españoles que regresaban a la madre patria tras haber hecho fortuna en el Nuevo Mundo: los indianos, que volvían fundamentalmente a Madrid para instalarse allí definitivamente. Quizá una idea que ronde en la cabeza a más de un socio de ALDEEU ¿verdad?

### **Bibliografía**

- Blanco Álvarez, Nuria. *Catálogo de la obra de Manuel Fernández Caballero*. Codalario Ediciones, 2019.
- Maximiliano Brina. “De la zarzuela a la ciencia ficción: *El anacronópete*, de Enrique Gaspar. Expansión de los límites de lo fantástico en la coyuntura del nacionalismo”. *Studia Romanica Posnaniensa*, 45/2, 2018, pp. 51-63.
- Ceballos Viro, Álvaro. “Puntualizaciones sobre el pasado de una zarzuela sobre el futuro (*El siglo que viene*, 1876)”. *Dimensiones y desafíos de la zarzuela*. Tobías Brandenberger (ed.). LIT Ibéricas 5, 2014, pp. 131-152.
- García de la Infanta, José M<sup>a</sup>. *Primeros pasos de la luz eléctrica en Madrid y otros acontecimientos*. Fondo Natural, 1987.

- Larra, Luis de y Gullón, Mauricio. *Muerte, juicio, infierno y gloria*. Fiscowich Editor, 1889.
- Navarro, Calixto. *Dar la castaña*. Enrique Arregui Editor, 1882.
- Navarro Gonzalvo, Eduardo. *Madrid puerto de mar*. Florencio Fiscowich Editor, 1892.
- Perrín, Guillermo y Palacios, Miguel. *Madrid en el año 2000*. Florencio Fiscowich Editor, 1892.
- Ramos Carrión, Miguel y Coello, Carlos. *El siglo que viene*. Administración Lírico-Dramática, 1890.

### **Hemerografía**

- La Ópera Española*, año II, nº 30, 12 de julio de 1876, p.3.
- “Teatro del Príncipe Alfonso”. *El Liberal*, año XI, nº 3714, 15 de agosto de 1889, p. 3.
- “Sección de espectáculos”. *El Imparcial*, año XXIII, nº 7989, 15 de agosto de 1889, p. 3.
- “Los estrenos”. *La Época*, año XXXIV, nº 10759, 22 de junio de 1882, p. 3.